

Desamparadas de los españoles,  
Hasta tanto que por Gaspar de Rodas,  
De quien agora resta que tractemos,  
Fueron pacificadas con castigo,  
Segun declararemos adelante  
Ayudándose de las relaciones  
Y cartas de Hierónimo de Torres,  
Que es ocular testigo, y hoy vecino  
De la nombrada villa de Antioquia,  
Antiguo peregrino destas partes,  
Y cuyo marte fué contra tiranos  
En muchas ocasiones señalado  
Después quel licenciado de la Gasca  
Plantó pendon real contra Pizarro,  
Y de quien tengo cierta confianza  
Que todo lo que dice va tejido  
Con hilos de verdad irrefragables,  
El cual demás del crédito que tiene  
De bien compuesto, con ingenio claro,  
Segun que sus papeles manifiestan,  
Esta relacion hizo por mi ruego (1)  
Pidiéndoselo yo con gran instancia;  
Del cual á tiempo, si me lo concede  
La fatal parca, tractaremos largo,  
Pues este no lo es por ir asido  
A las proezas de Gaspar de Rodas,  
Que piden ser cantadas con elogio  
Que no sufre paréntesis prolijo;  
Y así, pues rematamos el discurso  
Con términos incautos del Valdivia,  
Primer gobernador destas provincias,  
Conviene que tractemos del segundo  
Que con moderacion y con templanza  
Abatió la soberbia destas gentes,  
Reduciéndolas al real dominio.

## ELOGIO

*de Gaspar de Rodas, segundo gobernador de las provincias de Antioquia, cuyo discurso comienza desde que fué promovido al cargo de capitán general de aquella tierra por los señores de la audiencia real deste Nuevo Reino.*

## CANTO PRIMERO.

Una sierpe fingieron los poetas  
Con número crecido de cabezas,  
De las cuales algunas estirpadas  
Con violencia de tajante golpe  
Otras le renacian con aumento:  
Enigma por el cual se nos declara  
Que una desgracia muchas acarrea  
Si con fuego de viva diligencia  
Algun hercúleo brazo no refrena  
El origen y fuente de do nace  
Aquel profluvio, cuyas dependencias  
Son mas irremediables muchas veces  
Que sus principios y ocasion primera.  
Destos inconvenientes perniciosos  
Se vian ya cercanos los vecinos  
Y gente forastera de la villa,  
Si por alguna via les faltara  
Presta solicitud y providencia;  
Porque como los bárbaros nutaves  
Oviesen triunfado de españoles

(1) Desde este verso va enmendado el original, donde estuvo escrito lo siguiente:

*Esta relacion hizo por mandado  
(Pidiéndoselo yo con gran instancia)  
Del doctor Barros, digno presidente  
De la real audiencia, que reside  
En la ciudad de Quito por agora,  
Porque su rectitud, valor y ciencia  
A mas altos honores lo convidan.  
Del cual á tiempo, si me lo concede, etc.*

Todo lo que va con letra cursiva está testado en el original, el cual debió de enmendar el censor mismo que cortó las hojas donde se trataba de Drake.

Desarraigándolos de sus provincias  
Con muertes afrentosas y otros daños,  
Los de nacion catia conociendo  
De si no ser de menos valentia  
Ni menores ardides en la guerra,  
Por no perder aquellas ocasiones  
Negaron vasallaje y obediencia,  
De suerte que ningunos acudian  
A los acostumbrados ministerios.  
Los nuestros, que tractaban del remedio,  
Considerando cuánto convenia  
En esta turbacion tener caudillo  
Autorizado por real consejo  
Que los asegurase y reduciese  
A la paz, quietud y servidumbre,  
Y castigase los atrevimientos,  
Desacatos y muertes de cristianos,  
Despacharon á la real audiencia  
Del Nuevo Reino, donde presidia  
El licenciado Francisco Briceno,  
Con otros dos oidores, uno dellos  
Antonio de Cetina, licenciado,  
El otro Auncibay, y fiscal della  
El licenciado Alonso de la Torre;  
Mas entre tanto que esto les venia,  
Despachó la justicia y regimiento  
Con toda brevedad á Juan Melendez  
De Valdés con alguna gente diestra  
En seguimiento de los alterados,  
El cual con su valor y buena maña  
Les hizo que mudasen pensamientos,  
Asegurándolos de tal manera  
Que dejaron las armas, y quietos  
Volvieron al antiguo vasallaje.  
Mas en esta sazon y coyuntura  
Un alboroto sucedió notable,  
Que por haber testigos hoy presentes  
Que vocalmente me lo representan,  
Al menos Juan de Vargas, escribano,  
Que entonces se halló con otros muchos  
En ir á deshacer aquel engaño,  
Persona de quien puedo confiarme,  
Demás de cierta relacion que tengo  
Firmada de varon no menos grave,  
Me pareció ponello por escrito  
Por decir algo de las invenciones,  
Tramas y embustes quel diablo tiene  
Para cazar las almas miserables  
Desta gentilidad prompta y atenta  
A recibir cualquiera desvario.  
En el valle de Penco, comarcano  
Y á la villa de Santafé subyecto,  
Cierto demonio, que por nombre Sobce  
Era nombrado, se mostró patente  
A todos cuantos vello deseaban,  
Vestido segun indio de la tierra,  
Todo de negro y el cabello largo,  
Una manta revuelta sobre hombro,  
Y era, segun se vido claramente,  
Familiar de cierta pitonisa,  
Encantadora vieja que tenia  
Una hijuela de hasta diez años,  
Hermosa, segun dicen, por estremo,  
Y esta hija del sol decian que era  
La falsa hechicera y el demonio.  
El cual cuando hablaba con los indios  
Encima se sentaba de la vieja,  
A quien el Sobce le llamaba madre.  
Estaban pues los bárbaros atentos  
A todas las palabras que hablaba,  
Y dicen que le vian bien el rostro  
Los indios infieles, mas los otros  
Que estaban bautizados no podian  
Velle la cara por ninguna via,  
Ni aun era menester que se la viesesen,  
Pues no podia ser sino tiznada,  
O por mejor decir fiera y horrible.  
Haciales ver cosas monstruosas  
Como buen jugador de masa pasa,  
Y tantas apariencias de milagros,  
Que les hizo creer ser el inmenso  
Hacedor de alta y baja monarquia,

Y que las ceremonias que tenian  
Antes que conociesen á cristianos  
Eran buenas y tales, que con ellas  
Habian de serville si querian  
Gozar de su favor en todo tiempo,  
Porque las que tenian españoles  
En gran manera las aborrecia;  
Y así queria luego confundillos  
Con un diluvio donde pereciesen,  
Sin dejar dellos ánima viviente,  
Porque quedasen ellos en sus tierras  
Libres de subyeccion tan miserable,  
Lo cual haria dentro de seis dias.  
Por tanto que llamasen sus parientes,  
Así los que servian á cristianos,  
Ladinos que con ellos residian,  
Como los que vivian estramuros  
Y les reconocian vasallaje,  
Si no querian ver el fin acerbo  
Que á solos españoles ordenaba.  
Señaló tres lugares donde todos  
Habian de juntarse, cumbres altas,  
Páramos solitarios y desiertos  
De grandes precipicios rodeados,  
Por donde se colige que queria  
Mediante sus astucias despeñarlos  
Antes de recibir el agua santa,  
Puerta de los divinos sacramentos,  
Y de ser instruidos y enseñados  
En la verdad católica cristiana.  
Allí mandó llevar de todas suertes  
Semillas y raices y otras cosas  
De que este barbarismo se mantiene,  
Porque pasadas las inundaciones  
Volviesen á hacer sus sementeras.  
Y para publicar esta novela  
Salieron por mandado del demonio  
Tres hombres viejos, grandes hechiceros,  
Los cuales fueron por la tierra toda  
Aquestos desvarios predicando,  
Cuyas palabras fueron admitidas  
No menos que si fueran pronunciadas  
Con aquel celo del profeta Jonas,  
En tal manera que de los ladinos  
Que estaban en la villa de Antioquia,  
El año de setenta y seis, á doce  
Del mes de marzo, no se halló indio  
Ni india que del pueblo no huyese  
A las alturas yermas donde Sobce  
Les habia mandado que subiesen:  
Lo cual visto por nuestros españoles,  
La mañana que los echaron menos,  
Desta gran novedad inadvertidos  
Y con sospecha de levantamiento,  
Siguiéron el alcance por el rastro  
Hasta tanto que ya dieron en ellos,  
Gran cantidad de lágrimas vertiendo,  
Los unos y los otros lamentando;  
Y preguntándoles por qué hüian  
Y cual era la causa de su lloro,  
Les respondieron: « Pobres de vosotros,  
Cuán ayunos estais del mal futuro  
Y de la muerte que teneis cercana,  
Pues antes de tres dias á lo largo  
Ninguno de vosotros terná vida,  
En aguas inundantes ahogados!»  
Al fin les declararon el misterio  
Dol horrible diluvio que esperaban,  
Contra los españoles destinado,  
Que celebraron ellos con gran risa;  
Y aunque por muchas vias procuraban  
Ponellos en razon y desengaño,  
Me dice Juan de Vargas que tenian  
Aquella vanidad tan arraigada  
En sus entendimientos torpes, como  
Si vieran los efectos ya presentes,  
Y así cuasi forzados los mas dellos  
Volvieron á la villa temerosos.  
Llegaron pues los falsos hechiceros  
Aquestas invenciones pregonando  
Al valle de Ibijico, donde estaba  
Juan Baptista Vaquero retraido,

A causa del delicto que ya dije  
Serle no sin indicios imputado  
Acerca de la muerte de Valdivia;  
El cual, por la destreza que tenia  
En aquel idioma de los indios,  
Era de todos ellos estimado  
Y en opinion de mozo que tractaba  
Verdad en cuantas cosas les decia.  
Llegó la novedad á sus oidos  
Por el alborotado movimiento  
De gentes en el valle congregadas,  
Oyendo los inicuos adevinos  
Que denunciaban el horrendo caso;  
Y como se le diese larga cuenta  
De lo que por los viejos se decia,  
Riéndose Baptista dijo luego:  
« Llamámelos acá, que quiero vellos;  
Y cuando no quisieren buenamente  
Vengan á su pesar por los cabellos;  
Hareles entender que Sobce miente  
Y que ni mas ni menos mienten ellos,  
Sembradores de sórdida simiente,  
Segun y como quien los ha movido,  
Infame, sucio, vil y fermentido.»  
En efecto, pusiéronle delante  
A los tres como tontos y asombrados,  
Con meneos y gestos espantables,  
Que parecian infernales bultos  
Y que lanzaban fuego por los ojos;  
Y el Baptista, después de encomendarse  
Al sumo Hacedor devotamente,  
Una cruz en las manos, así dijo:  
« Ministros de maldad, engañadores,  
Revestidos de espíritu malino,  
¿ Por qué venis á ser predicadores  
De tan desvariado desatino,  
Ciegos embarbascados en errores  
Y ajenos del católico camino?  
En llegando la hora de esa ira  
Conoceréis al claro ser mentira.»  
« El que teneis por dios es un tirano  
Bajo, suez, de condicion horrenda;  
Y si quien lo crió no le da mano,  
Seguros estareis que no os ofenda:  
El verdadero Dios y soberano  
Quiere que por aqui su fe se estienda,  
Y á los que lo creemos y adoramos  
Nos ha de conservar adonde estamos.»  
Y las cautelas frívolas y engaños  
Que en vuestros corazones Sobce planta,  
No serán parte por eternos años  
Para desarraigar la gente santa:  
Vernán sobre vosotros esos daños  
Si no creis lo que nuestra fe canta;  
Pero si lo creyeres con bautismo,  
Escapareis del infernal abismo.»  
Estas y muchas otras cosas dijo,  
Particularizándoles misterios  
Tocantes á la fe de los cristianos,  
Porque tenia buen entendimiento:  
Los indios defendiendo sus errores,  
Sobre los cuales hubo gran disputa  
Que yo por abreviar no la refiero;  
Pero con tanta fuerza y enerjía  
Este mozo Baptista les hablaba,  
Que de los tres los dos de menos años  
Quedaron convencidos y creyeron,  
Y el mas viejo en edad y mas protervo  
Desesperábase viendo la vuelta  
Que hizo dar á los coadyutores,  
Haciendo varios gestos y visajes,  
Y estaba ya tan ronco de dar voces,  
Que no se percibian sus palabras,  
Pero después en algo reportado  
Habló con el Baptista desta suerte:  
« Pues dices que tu Dios es verdadero,  
En nombre suyo quiero que delante  
Desta gente ignorante, vidriosa,  
Hagas alguna cosa tal que crea  
Que milagrosa sea, pues yo fio  
En el nombre del mio, que desdeñas,  
Mover las grandes peñas deste suelo,



Y dejen, dando vuelo, su cimienta  
Bailando por el viento con zumbido;  
Y así será creído quien hiciere  
Aquello que dijere: ya yo salgo;  
Di tú que harás algo, Juan Baptista,  
Porque desta conquista claro quede  
Quién es el que mas puede destes dioses.»

Juan Baptista le dijo: «Mira, perro,  
La santa fe que tengo me declara  
Cómo tentar a Dios es grave yerro;  
Mas yo, haciendo tú cosa tan rara,  
Con esta fe podré mudar el cerro  
Alto que ves enfrente de tu cara,  
Pero delante mí, ten entendido  
Que no podrás hacer lo prometido.»

El indio hechicero, confiado  
De que su Sobce no haría falta  
En cualquiera señal que le pidiese,  
El cuerpo se lavó primeramente,  
Y luego hizo sus ofrecimientos  
De mantas y de oro y otras cosas,  
Y sabumó las ponderosas piedras  
Que quiso que volasen por el aire,  
Dándoles de varazos, invocando  
Con gritos y alaridos al demonio,  
Con gran solicitud y diligencia  
Como si fueran mulos ó caballos;  
Mas ellas no por eso se movían  
Ni quisieron cumplir su mandamiento,  
Reiterando por diversas veces;  
De que toda la bárbara caterva,  
Presente para ver la maravilla,  
Hacia burla del escarneciendo,  
Reconociendo ya su desvario,  
No sin contentó y alegría grande  
De ver que lo que dijo Juan Baptista  
Cerca de no movellas salió cierto.

El cual con la victoria que pretende,  
Por mas los agradar está diciendo:  
«Da grandes voces, porque no te entiendo,  
Que debe reposar y estar durmiendo;  
Conoce las mentiras que te vende  
Ese falso, traidor, sucio y horrendo;  
Mira cuál es y á quién haces regalo,  
Pues siempre huye deste santo palo.  
» Por ser similitud de la cruz santa  
Vencedora del infernal alarde,  
Bandera que do quiera que se planta  
No para con extremos de cobarde,  
Y siempre que la ve della se espanta,  
Dando la vuelta sin que mas aguarde,  
Porque la cruz le dió golpe terrible,  
Y tal que sanar del es imposible.

» Y como perro que padeció llaga,  
Que si la mano de quien fué herido  
Hace meneos y otra vez amaga,  
Vuelve huyendo de temor vencido,  
Así viendo la cruz, aguda daga  
Con que fué lastimado y abatido,  
El mal aventurado por no vella  
A grande priesa va huyendo della.  
» Aquesta hace pues que se detenga,  
De cristianos certísimo trofeo,  
Y aunque le hagas oracion mas luenga  
Con tu solicitud y devaneo,  
Esta señal le hace que no venga  
A dar satisfaccion á tu deseo:  
Por tanto haz lo que estos dos han hecho,  
Que tomaron camino mas derecho.»

Con estas y otras muchas mas razones  
Procuraba Baptista convertillo,  
Pero ninguna dellas lo movía  
De sus propósitos endurecidos,  
Antes como corrido y afrontado  
Con pasos presurosos se fué solo  
Por unas sierras altas murmurando;  
Y la caterva bárbara fractaba  
Al Baptista con grande reverencia,  
Teniendo por razones infalibles  
Las que después y antes les decia.  
Y estando descuidados otro día,  
Término señalado por el Sobce

Para la tempestad que nunca vino,  
Antes día sereno, claro, puro  
Y manifestador de su mentira,  
El viejo hechicero fué delante  
De muchos destes indios, y al Baptista  
Llamándolo primero con voz alta  
Le dijo las palabras que se siguen:  
«Para te convencer en tu porfia,  
Sobce te desafia, ven conmigo,  
Y ternás con quien digo la disputa  
En el peñol de Nuta do te espera;  
No temas la ladera por ser alta,  
Que yo no haré falta en ayudarte  
Porque de cada parte sus razones,  
Y de las opiniones diferentes  
Tomen aquestas gentes la mas cierta.»

Baptista respondió: «Viejo demente,  
De condicion que irada se mejora,  
Ya ves aqueste sol resplandeciente,  
La claridad alegre del aurora:  
Baste para saber que Sobce miente  
Habérsele pasado ya la hora  
Del gran diluvio, con que por sus manos  
Había de ahogar á los cristianos.  
» En eso que me dices cómo tiene  
Gana de disputar con Juan Baptista  
Para que con razones me refrene  
Y él quede vencedor en la conquista,  
Ninguna cosa menos me conviene  
Que ver tan mala y espantable vista,  
Ni poner en disputa mi partido  
Con un bellaco falso, fementido.

» Pues ha mil siglos que por su pecado  
El verdadero Dios que nos gobierna  
Triunfó del, quedando condenado  
A tormentos de damnacion eterna,  
Y de los altos cielos desterrado  
A cárcel de lucifera caverna,  
Y sé que ha de huir, como yo vaya,  
Del peñol que tomó por atalaya.

» Mas para que conozcas que yo digo  
La verdad que no tienes entendida,  
Escusarme no quiero de ir contigo,  
Aunque dura tres leguas la subida;  
La santa cruz de Cristo va conmigo,  
Donde mi Dios murió por darme vida:  
Con ella volveré yo triunfante;  
Anda, maldito viejo, ve delante.»

Procuraron los indios deste valle  
Estorbar el camino peligroso  
Debajo del amor que le tenían;  
Pero nunca pudieron detenerlo,  
Y en efecto se fué tras el mal viejo,  
Yendo de sus amigos principales  
Mas de trescientos en su seguimiento,  
Así para guardalle las espaldas,  
Como para mirar en qué paraba  
El singular certamen á que iban,  
Al cual como salieron sobre tarde,  
Y era camino largo, salebroso,  
Aspérrima subida por extremo,  
Llegaron á la cumbre con obscuro,  
Y el indio hizo sus invocaciones,  
Visajes, gestos, saltos y bramuras,  
Por atemorizar á su contrario  
O por tener demonio revestido;  
Pero Baptista con la cruz delante  
Los símbolos decia con voz alta,  
No sin erizamiento de cabellos;  
Y en esto se pasó toda la noche  
Sin ver cosa que diese pesadumbre,  
Salvo las voces y el horrendo gesto  
Del hechicero, y el haber estado  
En pie toda la noche y al sereno.  
Y cuando ya venia descubriendo  
Apolo por las puertas del oriente  
Sus dorados cabellos desviando  
Las obscuras timieblas con su lumbre,  
El Baptista llamó los compañeros  
Que se quedaron algo mas abajo  
Sin subir al pináculo mas alto,  
Y dijoles: «Carisimos amigos,

Tened siempre memoria de lo visto,  
Pues que todos vosotros sois testigos  
Cómo para venir me halló listo,  
Sin traer contra tales enemigos  
Mas armas que la cruz de Jesucristo,  
Porque con ella yo sé que se vence  
Cualquier demonio que se desverguence.

» Y pues los mas estáis catequizados  
En los preceptos del camino santo,  
Si creydes y fuerdes bautizados  
También hareis vosotros otro tanto:  
No os dejeis enganar destes malvados,  
Ni os pongan sus cautelas en espanto;  
Huid de sus consejos y razones,  
Porque todas son falsas invenciones.

» Dejemos al mal viejo y obstinado  
Que huye de creer verdades rasas,  
El cual debe de estar precipitado  
En la prision de las eternas brasas;  
Y pues su Sobce huye y ha faltado,  
Vamos á descansar á nuestras casas,  
Do si volviere con tan mal motivo,  
Tenemos luego de quemallo vivo.»

Con esto se bajaron victoriosos  
Y muy regocijados y contentos  
Al valle do tenían sus albergues  
Y donde por consejo del Baptista  
Se bautizó gran número de gente;  
Y los de Santafé prendieron luego  
La vieja pitonisa con la hija,  
Muchacha que dijimos ser hermosa,  
La cual se bautizó, pero la vieja  
A destierro perpetuo condenada.  
Y así se deshicieron los nublados,  
Quedando los ladinos y chontales  
Con aviso de nunca dar oídos  
Jamás á semejantes devaneos,  
Y en aborrecimiento del demonio;  
De cuyas desvergüenzas bien pudiera  
Tractar aquí mil cosas sucedidas  
En otras partes do visiblemente  
Y en figura de indio se mostraba,  
Hasta serville de caballero  
Y después de cabrero hartos años  
A cierto capitán bien conocido,  
Sin saber él quién era; pero cuando  
Tractemos de las cosas deste reino,  
Si Dios me diere vida para ello,  
Alargaréme mas, pues de presente  
Por volver á la guerra comenzada,  
De donde nos salimos esperando  
Reales provisiones del audiencia  
Y comision para Gaspar de Rodas,  
No puedo detenerme, y así quiero  
Volver á la conquista de nutaves,  
Que se celebrará con canto nuevo.

## CANTO SEGUNDO.

Donde se cuenta cómo los señores de la real audiencia enviaron comision á Gaspar de Rodas para castigar los indios rebeldes, y poblar en las tierras donde fué muerto Andrés de Valdivia.

Quando las cosas arduas se cometen  
A varones prudentes y sagaces  
Que no guían á poco mas ó menos  
Negocios importantes cometidos  
A su dispusicion y buen discurso,  
Responden los efectos y remates  
Las mas veces á lo que se desea  
Por los que los escogen y señalan;  
Lo cual considerando los oidores  
De la real audiencia deste reino,  
Que fueron los que quedan declarados,  
Hicieron eleccion y con acuerdo  
Mas lleno de razon que de favores,  
Que suelen defraudar merecimientos,  
Salió nombrado para tal empresa  
El diestro capitán Gaspar de Rodas,  
Atlante fuerte sobre cuyos hombros  
El peso se sostuvo de aquel suelo.

Y así le despacharon provisiones  
Para poblar y castigar caciques  
Culpados en la muerte de Valdivia  
Y de los españoles que debajo  
De falsa paz habian sido muertos;  
Las cuales recibidas, se dispuso  
Al cumplimiento del real mandado,  
Y á costa de sus bienes llamó gentes,  
Que por llevar caudillo tan insigne  
No rehusaron ir á la jornada,  
Demás de los soldados que salieron  
De la rota pasada mal parados,  
Porque los mas volvieron deseosos  
De recibir el premio que se debe  
A los honrosos hechos y trabajos.  
Destos fué Pedro Pinto Vellorino,  
Luis Céspedes de Vargas, su hermano,  
Que es Alonso de Vargas, naturales  
De Fregenal, y Sancho de Quevedo,  
Estéban de Ribera de Albuquerque,  
Juan de Alvarado Salazar, Fernando  
De Ovango, esturiano, Pero Sanchez  
De Oviedo, natural de Estremadura,  
Manuel Ruviales, y con ellos  
El Juan Ruiz de Atienza, sacerdote,  
Juan Fernandez Eraso, de Navarra,  
Y don Antonio Osorio y Pedro Arce,  
Pablo Fernandez de Eras, y Molano  
Y el Alonso Martin Merchan, Mateo  
Fernandez, el mulato, deste reino,  
Todos valerosisimos soldados,  
Que con los congregados nuevamente  
En número llegaron á setenta:  
Con los cuales entró Gaspar de Rodas  
Tan confiado de allanar la tierra,  
Como si le siguieran setecientos,  
Y caminó con pródigo concierto  
Hasta llegar al sitio y al asiento  
Del fuerte do mataron al Valdivia,  
Do son mas numerosas poblaciones.

Allí se refirieron por el orden  
Que mas les convenia, convocando  
De paz á los caciques comarcanos,  
Los cuales acudieron con preseas  
De oro y otras cosas con que suelen  
Granjear amistad con españoles:  
Que no fué con buen pecho, segun dicen,  
Sino con intencion de descuidallos,  
Para les sacudir viendo la suya;  
Pero Gaspar de Rodas nunca quiso  
Tomar oro ni cosa por entonces,  
Haciéndoles creer que su venida  
Era por granjear sus amistades,  
Y no para tomalles sus haciendas.

Aquella tarde pues que se contaron  
Ocho dias del mes que del dios Fèbruo  
Heredó nombre por las lustraciones  
Que la gentilidad acostumbraba,  
Año de quince cientos y setenta  
Y siete del divino Nacimiento,  
Gaspar de Rodas convocó su gente,  
Y con cuanto secreto fué posible  
A todos les habló desta manera:  
«Señores, ya sabeis á lo que vengo,  
Y veis que los que desta gente dura  
Hemos de castigar, aquí los tengo,  
Y que dejallos ir será locura;  
Gocemos, sin tomar tiempo mas luengo,  
De tan acomodada coyuntura,  
Prendiendo los caciques señalados  
Para proceder contra los culpados.  
» Y para defender nuestros partidos,  
Si por ventura veis armas opuestas,  
Los caballos estén apercebidos,  
Y tenga cada cual las suyas prestas,  
De tal manera, que los atrevidos  
Lleven las puniciones á sus cuestras;  
Y luego sin guardalles mas respecto  
Quiero que lo pongamos en efecto.»  
Aun no bien acabó de decir esto,  
Quando con la presteza que cumplia,  
Disimuladamente se pusieron



A punto con sus armas y caballos,  
Y el general llegó con los peones  
Acia la parte de la turbamulta,  
Y de los principales conocidos  
Veinte y cuatro pusieron en colleras.  
Alborotaronse los indios todos,  
Y comenzaron a desenvolverse;  
Pero Gaspar de Rodas con la lengua  
Con tales amenazas los asombra,  
Que pudo deshacer sus movimientos  
Diciéndoles: «No meneéis los brazos,  
Porque si dais algunas ocasiones  
A todos os haremos mil pedazos.  
» Estos solos ponemos en prisiones  
Porque Filipo magno, rey potente,  
Ansi lo manda por sus provisiones.  
» Cualquier rey ó señor le es obediente;  
Y si quereis tener vida quieta,  
Habeis de servir por consiguiente.  
» Seguro vive quien se le subyeta;  
Pero también castiga los escesos  
De los que con él juegan falsa treta.  
» Aquí venimos á hacer procesos  
Contra los que debajo de paz blanda  
A su gobernador fueron aviesos.  
» Mas en vuestros delictos también manda  
Que no castigue rigurosamente  
Amque la maldad fué mas que nefanda.  
» Veremos quién ha sido delincuente;  
Y hechas bien las averiguaciones,  
Conoceréis en mi padre clemente.  
» Porque yo no me muevo por pasiones,  
Antes me guía piadoso celo,  
Como vereis por las ejecuciones.  
» Y á cuantos hoy vivis en este suelo  
He de favorecer y ser amigo,  
Como no deis la paz con falso velo.  
» En mí hallareis todos gran abrigo:  
Por tanto la quietud os encomiendo  
Y que creais ser cierto lo que digo.»  
Con esto se pusieron en sosiego,  
Y con ver que de tanta muchedumbre  
De barbaros culpados, solamente  
Prendieron las cabezas y caudillos,  
A quien por substanciar mejor la causa  
Les dieron defensor juramentado  
Con la solemnidad que se requiere;  
E ya conclusos todos los procesos,  
Los seis fueron á muerte condenados  
De los caciques presos, y los cuatro  
A les cortar las manos, de los cuales  
El uno fué Guarcama, gentil hombre,  
Feroz y de cabal entendimiento.  
Y antes de padecer temporal muerte  
Aquellos seis señores belicosos  
Pidieron el bautismo todos ellos  
Con grande devocion, y fuéles dado;  
Y cuando los llevaban á la horca  
Contritos y con cruces en las manos  
Alzaron una voz entristecida  
Diciendo: «Quien tal hace que tal pague:  
Nosotros padecemos justamente,  
Pero los tahamies nos movieron  
Al crimen y delicto cometido,  
De nuestros pensamientos y deseos  
Entonces muy remoto y apartado.»  
Disimulóse por algun respecto  
Esta declaración postrera, pero  
Demás de las sospechas atrasadas,  
Indicio no pequeño fué que cuando  
Vino Gaspar de Rodas al castigo  
Trajo dos lenguas indios tahamies,  
Llamados Pedro Amato y Aguasici,  
En aquella provincia principales,  
Y oyendo la razon de los pacientes  
Volvieron las espaldas madrugando  
Sin saludar los huéspedes del rancho,  
Parece ser que por no ver visiones.  
Al fin ejecutada la sentencia  
Y todos los demás dados por libres,  
Gaspar de Rodas recorrió la tierra,  
Tanteando los pueblos con aviso

Y copia de vecinos naturales  
Que por aquel compás tenían casas,  
Y cerca del asiento do fué muerto  
El Andrés de Valdivia fundó pueblo,  
A quien ciudad de Cáceres dió nombre;  
Nombró treinta vecinos, hombres nobles,  
Entre los cuales repartió la tierra,  
Cinco mil indios, pocos mas ó menos,  
En aquella comarca moradores;  
Y dello dió razon á los jüeces  
De la real audiencia del suceso,  
Yendo por mensajero don Antonio  
Osorio de la Paz con los recados.  
Mas cómo no pudiese dar contento  
A todos los soldados de un voleo,  
Quedándose sin suerte muchos dellos,  
Principalmente de los de Valdivia,  
Con pena del agravio recebido  
Hurtáronse del pueblo tres ó cuatro,  
Y caminaron tras el don Antonio  
A procurar remedio por justicia:  
Ovéronse sus causas y razones,  
Y los oidores alteraron luego  
Aquel apuntamiento que enviaba;  
Lo cual sabido por Gaspar de Rodas,  
A defender las suyas por presencia  
De su persona propia se dispuso;  
Y así, dando razones concluyentes,  
Se confirmó de nuevo lo que hizo,  
Siéndole favorable para ello  
El licenciado Juan Rodriguez Mora,  
En aquella sazón recién venido  
Por oidor de la chancillería,  
Cuya sagacidad encaminaba  
A su disposicion los compañeros.  
Por ser ya muerto Francisco Briceño  
Incorrupto jüez, claro y entero,  
Dignísimo del cargo que tenía,  
Cuyos principios bien manifestaban  
Habernos dado Dios felice suerte  
Después de la del buen doctor Venero,  
Ejemplo de virtud y santo celo;  
Pero la parca dura y envidiosa  
Quitónoslo delante brevemente,  
Pues no gozó seis meses de la silla.  
Y así desde su muerte hasta agora  
Nunca faltaron grandes pesadumbres  
Entre jüeces y secuaces suyos,  
Con tantas invenciones y cautelas  
Y falsos testimonios cuantos suelen  
Investigar inicuos y olvidados  
De Dios, por dar valor á la mentira;  
Y es lástima que los del Nuevo Reino,  
Gente llana, fiel, modesta, clara,  
Leal, humilde, sana y obediente,  
En opinion esté de revoltosa  
Con los señores del real consejo,  
No mirando que son los movedores  
De las revueltas, tramas y bullicios,  
Los jüeces que vienen á regirnos,  
En cuya consecuencia me parece  
Que viene bien aquí, *delirant reges*  
*Et plectuntur Achivi*, sin que pequen:  
Mas aquesta, por ser materia larga,  
A tiempo conveniente la remito.  
En esta sazón pues que Rodas vino  
Estaban rebelados los gualies,  
Indios cuyos confines están juntos  
Con Mariquita, puerto deste reino,  
Muy necesario para sus contractos,  
Donde se labran ricas minas de oro  
Y de presente plata, cuyas vetas  
Dan grandes esperanzas de riqueza;  
Y aunque el adelantado, que Dios haya,  
Don Gonzalo Jimenez de Quesada,  
Les quebrantó las fuerzas, y los trajo  
Al servicio del rey fundando pueblo,  
Ciudad de Santa Agueda nombrado,  
Después los indios por ausencia suya  
Negaron otra vez el vasallaje,  
No sin daño de muchos españoles,  
A quien pusieron en extremos tales

Que se metieron todos en un fuerte  
Con hijos y mujeres y servicio,  
Puestos en riesgo y en trabajo grande  
Por la frecuentacion de los combates.  
Lo cual sabido por los del audiencia,  
A quien tocaba dar socorro presto,  
Por ser riesgo notorio la tardanza,  
Buscaban capitán cuya prudencia  
Diese satisfaccion á su deseo  
Y al negocio que dél se confiaba;  
Y como se halló Gaspar de Rodas  
Presente cuando se tractaba desto,  
Teniendo conocido que ninguno  
Se podría hallar de mejor maña,  
Por ellos al acuerdo fué llamado,  
Y le mandaron que se dispusiese  
Para hacer al rey este servicio:  
El cual como persona circunspecta  
Este cargo tomó de buena gana  
Y aderezóse para la partida  
Con ciento y diez soldados á su gusto.  
Con los cuales entró por las provincias  
De los briosos indios rebelados,  
Y dentro de tres meses no cumplidos  
Les hizo dar la paz y hizo llanos,  
Poniéndolos en obediencia firme,  
En la cual hasta agora permanecen,  
Valiéndose de dos fuertes caudillos  
De los soldados suyos, que se llaman  
Juan Melendez y un Alonso Fernandez  
Molano, de quien yo mencion he hecho  
En muchas partes deste mi discurso,  
Por ser ambos personas señaladas.  
Dejando pues la tierra sosegada,  
Pacíficos los indios y quietos,  
A la real audiencia volvió Rodas  
A dar llena razon de lo que hizo,  
Y los señores della conociendo  
Su valor y servicios señalados,  
Le dieron en gobierno las provincias  
Que fueron asignadas á Valdivia,  
El cual su Majestad confirmó luego  
Con otras eminencias y favores  
Que suele la real magnificencia  
Dar á criados de quien es servido,  
Incluyendo también en su gobierno  
Por causas y razones alegadas  
A Santafé, rememorada villa,  
Y así quedó distinta y apartada  
De lo de Popayán, y en ella tiene  
Su principal asiento nuestro Rodas.  
El cual como se viesse colocado  
En generoso cargo y esperanzas  
De mas altos honores, por promesa  
De lo hacer el rey adelantado  
Después que ya poblase tres ciudades  
O villas de vecinos españoles,  
Convocó gentes de unas y otras partes  
Para prosecucion de su conquista,  
Y ver la tierra de la cordillera  
Que divide los dos rios ya dichos,  
Que los gobernadores atrasados  
Intentaron hollar y no pudieron;  
Pero con menos gente y aparato  
El buen Gaspar de Rodas se dispuso  
A deshacer aquel encantamiento,  
Cuyos sucesos quedan reservados  
Para los referir en otro canto.

## CANTO TERCERO.

Donde se cuenta cómo los indios repartidos á la ciudad de Cáceres, viendo que Gaspar de Rodas había salido de la tierra, se atrevieron á matar algunos españoles, y no acudían á servilos.

En mucho precia debe de tenerse  
Aquel á quien natura dió talento  
Para guiar negocios importantes,  
Pues á la sombra dél los otros hombres  
Subyectos á cumplir lo que dispone,  
Tienen valor y ser, y cuando falta

Quedan, segun se ve por esperiencia,  
De su reputacion menoscabados.  
Manifestóse bien esta mudanza  
Con el ausencia de Gaspar de Rodas  
De la ciudad de Cáceres moderna,  
Porque los bárbaros, reconociendo  
Faltalles el caudillo cuya maña  
A sus conceptos era duro freno,  
Perdieron la vergüenza y el respecto,  
Y así mataron de los españoles  
En partes y en lugares descuidados  
Un Alonso Gonzalez de Montijo,  
Y otro Alonso Fernandez de Membrilla,  
Y á Lorenzo de Rufas y otros hombres  
Demás de mucha gente de servicio,  
Con intencion de dar en los restantes,  
Para lo cual determinadamente  
Se convocaba ya toda la tierra,  
Siendo caudillo desta rebeldia  
Un Omagá, cacique belicoso,  
A quien todos los otros respetaban.  
Dieron aviso deste movimiento  
Indias nacidas en aquel terreno,  
Que servian á nuestros españoles,  
Y ellos lo dieron á Gaspar de Rodas  
Que recogia gentes y pertrechos  
Dentro de Santafé con intenciones  
De ver lo que tenía su gobierno;  
El cual por acudir á dar remedio,  
A gran priesa salió con treinta hombres  
Y razonable copia de ganado,  
Cuya venida fué regocijada,  
Ansi por el socorro tan á punto  
Como por el gobierno que traia.  
Algun castigo hizo con templanza  
En los que le constó ser mas culpados  
En las muertes de aquellos españoles;  
Mas Omagá, que estaba retraido  
Dentro de las montañas con su gente,  
No pudo ser habido per entonces.  
De cuya causa fué Francisco Alferez,  
Hombre mas papelista que guerrero,  
Con cuarenta soldados á buscallo;  
Y aunque tomó dos meses de demora,  
Volvióse con las manos en el seno,  
O por mejor decir en la cabeza.  
Y el gobernador, viendo cuan inútil  
Salió la diligencia y el trabajo,  
Determinó que fuese por caudillo  
Juan Arias Ruvian, gallego, y este  
Volvió con veinte hombres solamente,  
Pero de tal valor, que de cualquiera  
Pudiera confiarse la jornada.  
Salieron por principio de diciembre  
El de setenta y nueve cuasi fuera,  
Y fueron caminando hasta donde  
Hace fin y remate tierra rasa  
Y las montañas altas se comienzan,  
Adonde reparó para dar orden  
A la prosecucion de su viaje;  
Mas el astuto bárbaro tenia  
De su venida relacion entera,  
Y para descuidallos les envia  
Mucha gente cargada de regalos  
Por continuacion de muchos dias,  
En que iban y venian mensajeros  
Cuotidianamente, prometiendo  
De dar segura paz inviolable,  
Trayendo los mensajes su sobrino,  
Llamado Teguiri, gentil mancebo,  
Bien conocido de la gente nuestra,  
Y en opinion tenido de valiente.  
Juan Arias Ruvian la paz acepta,  
Y al sobrino le dijo que viniese,  
Sin que recele pena ni castigo,  
Pues si hiciere cierta su promesa  
De dar segura paz, se le perdona  
Cualquier delicto grave cometido;  
Y que señale parte do se vean  
Los unos y los otros, porque quiere  
Oír aquello de su propia boca.  
El Teguiri volvió con el mensaje



Al Omagá su tío, y otro día  
De mañana volvió con la respuesta,  
Diciendo: « Bien podeis entrar seguros,  
Porque cerca de aquí tenemos hechos  
Dos aposentos en zavana rasa  
Donde sereis servidos, y mi tío  
Allí verná con oro y otras cosas  
Para el gobernador, pues es el amo  
A quien ha de servir y ser subyector. »  
Los españoles, aunque sospechosos  
De lo que sucedió, por no mostrarse  
Acobardados, fueron do decía,  
Y subieron á cierta loma, donde  
Había como cien pasos en cuadro  
De raso, lo demás espeso monte,  
Y en el raso dos casas pequeñuelas,  
Muchos indios é indias esperando  
Con copia de comida que les dieron;  
Alojaronse dentro destos ranchos,  
Donde sin acudir aquel cacique  
Estuvieron también algunos días,  
Pero venían indios con sus armas,  
Con tal denuedo que se conocía  
Ser muestras de dañadas intenciones.  
Y así los españoles procuraron  
Coger un indio que se quedó solo,  
Sin que de los demás fuese sentido,  
Y en remoto lugar dentro del monte  
Le dieron tracto hasta que ya dijo  
Las determinaciones de los indios;  
Siendo la lengua con que preguntaban  
Una ladina moza dicha Ana,  
Cristiana, del servicio de un soldado,  
Declarando que dentro de tres días  
Habían de venir muchos caciques  
De los mas principales de la tierra,  
A vellos, no con mas de diez ó doce  
De sus subyectos cada cual cacique  
De por sí solo con su compañía,  
Pacíficos, quietos y sin armas,  
Y en diferentes horas por no dalles  
Ocasión de sospechas, y debajo  
De querelles servir, allí esperasen  
Entre los españoles, hasta tanto  
Quel señor Omagá viernes siguiente  
Allí llegase con los que traía,  
También sin armas, que eran veinticuatro,  
Dejando setecientos emboscados  
A la redonda de la zavaneta,  
Con armas y pertrechos convenientes;  
Y que cuando lo vieses llegar junto,  
Aquellos indios que llegaron antes  
Acometiesen á los españoles  
Dos ó tres dellos contra cada uno,  
Así por pechos como por espaldas,  
Y entonces Omagá sobrevernia  
Dando voces á los del emboscada,  
Y así darían fin de los cristianos  
Sin padecer los indios detrimento.  
La trama descubierta y el astucia,  
Los nuestros estuvieron vigilantes,  
Las armas en la mano todas horas,  
Cargados los sulfúreos instrumentos,  
Fortaleciendo sayos estofados  
Y los demás pertrechos que tenían;  
Demás desto también se previnieron  
De mucha cantidad de ligaduras  
Que llamamos cabuyas comunmente,  
Apercibidos todos y en espera  
De ver algun principio de lo dicho,  
Porque si vieses algo no dudaban  
Ser cierto lo demás que se declara.  
Llegóse pues el miércoles, y vino  
Un cacique llamado Taquimiqui  
Con diez indios sin armas, bien dispuestos  
Y de robustos miembros y elegantes,  
Pacíficos semblantes y aparencias  
Encubridoras de su mal intento,  
Mas á los españoles ya patente;  
Y así no se tardaron, pues al punto  
Que entraron en la casa lo prendieron,  
Y ataron pies y manos con cordeles,

Y de los que vinieron á la tarde  
Hicieron otro tanto, de manera,  
Que miércoles y jueves amarraron  
Cincuenta sin sabello los caciques  
Ni los participantes del engaño.  
Llegóse pues el día del conflicto,  
Viernes, postrero día de diciembre,  
Cuando el año de ochenta comenzaba,  
Día de confusion y desconsuelo  
Para los pocos, que hacían cuenta  
Que si del alto cielo no venía  
Remedio, no podían escaparse  
Del durísimo trance que esperaban;  
Y así Juan Arias Ruvían, que via  
Ponelle culpa por haber entrado  
Contra la voluntad de los mas dellos;  
En su disculpa dijo lo siguiente:  
« Señores, de mi loca confianza  
No sin razón formais justa querella;  
Pero los que nos vemos en la danza  
Hemos por fuerza de danzar en ella,  
Y con pié firme sin hacer mudanza  
Habemos de bebella ó de vertella:  
Ningun remedio tiene ya lo hecho,  
Sino poner á bien ó mal el pecho.  
» Acercándose van las confusiones  
Y la disparidad de la pelea;  
Cursados sois en tales aflicciones,  
Donde ninguno hizo cosa fea;  
Vuelen al cielo nuestras oraciones  
Para que de remedio nos provea:  
Que si fiais en Dios como cristianos  
La victoria tenemos en las manos.  
» Creed que venceremos en batalla  
A la multitud destos fementidos,  
Y dad gracias á Dios, que no nos halla  
Descuidados ni desapercibidos;  
No es la primera vez que de canalla  
De mayor fuerza sois acometidos;  
Y pues siempre hacemos como buenos,  
No tenemos agora de ser menos.  
» En tanto pues que llegan las rencillas  
Destas mas que proterva pestilencia,  
Demandemos prostrados de rodillas  
Al inexhausto golfo de clemencia  
Tenga por bien usar sus maravillas  
Dando favor á quien lo reverencia,  
Pues nuestra mano poca fuerza tiene  
Si de la santa suya no nos viene. »  
Esto con gran fervor hicieron todos,  
Y en oraciones santas ocupados,  
El Omagá llegó con veinte y cuatro  
Robustísimos indios desarmados,  
Y disimulacion tan bien compuesta,  
Que si no se tuviera certidumbre  
Del propósito malo que traía,  
Ninguno presumiera ser fingida;  
Pero como no vió quien respondiese  
Al acometimiento concertado,  
Quisiera con aquellos que presentes  
Con él allí venían al efecto  
Usar de aquel ardid que los primeros  
Habían de tener, pues no los vía;  
Mas apenas miró los compañeros  
Haciéndoles del ojo diestramente,  
Cuando con todos ellos en el suelo  
Cayó hecho pedazos, dando voces,  
A las cuáles salió la gran caterva,  
Que mal podía ya dalle remedio,  
Pues él y los demás en un instante  
Caminaron la vuelta del infierno.  
Y en ese mismo punto ven delante  
Los españoles la tumultuosa  
Hueste de los salvajes, la cual era  
En número mayor que se pensaba,  
Con orden singular los escuadrones,  
Ordenados á nueve por hilera  
Con sus sobresalientes señalados,  
Gallardos y feroces todos ellos,  
Llenas las sagitíferas aljabas  
De tiros venenosos y mortales,  
Picas tostadas y macanas duras,

Y estalladoras hondas á las vueltas.  
Era su general que los regia  
El Teguerí, del Omagá sobrino,  
Y el capitán Maubita, yerno suyo,  
Y un Ochari mañoso y esforzado:  
Vuelan luego los jáculos y piedras  
Como turbion espeso de los granos  
Congelados de los vapores gruesos  
En la media region en el verano;  
Acuden con mortíferas respuestas  
Nuestros esclarecidos españoles,  
Que cuasi pié con pié derraman sangre  
Ojeándolos con los arcabuces,  
Con los cuales por los tener tan cerca  
No pocas veces les acontecia  
Matar á dos y tres de cada tiro  
Desde la casa del alojamiento  
Que tenían los nuestros por amparo,  
Saliendo siempre con arremetidas  
Juan Arias Ruvían y Juan Mateos,  
Y Mateo de Acosta, lusitano,  
Pablo Sarmiento y otros que tenían  
Espadas y rodellas en las manos:  
A cuyos hechos encarecimiento  
Cualquiera que se dé no será largo,  
Pues por aquella frente no podían  
Hollar sino por cima de hombres muertos.  
Mas esto no bastó para que dejen  
Los bárbaros inmites su porfia,  
Antes el Teguerí, como rabiando  
Por muerte de su tío, no reposa,  
Diciéndoles: « Amigos y parientes,  
Haced como valientes, y el constante  
No se mude ni espante porque vea  
Caer en la pelea tanta gente;  
Que al fin solos son veinte los cristianos,  
É ya se ven cercanos al remate;  
Y aunque mas se dilate su caída,  
Han de perder la vida, que mortales  
Son, y tiros letales ya rendidos  
Los tienen, que heridos están todos;  
No menean los codos como antes:  
A ellos, mis gigantes, dadles priesa,  
Cumpla con su promesa vuestra lanza,  
Y tomemos venganza de las muertes  
De tantos hombres fuertes deudos nuestros. »  
Con semejantes dichos y razones  
Andaba donde via mas tibieza,  
A los unos y otros animando  
Con tal solicitud y diligencia,  
Que á nuestros españoles admiraba;  
Los cuales viendo que les va la vida  
En quitalle la suya brevemente,  
Juan de Alvarado Salazar apunta  
Con el cañon fogoso; y acertóle  
Por medio de la frente, de tal suerte,  
Quel alma de las carnes despedida  
Fue caminando tras la de su tío.  
Mas no por eso los demás cesaban  
De su ferocidad, porque Maubita,  
El yerno de Omagá, con increíble  
Solicitud anima la caterva;  
Al cual tiró Domingo de Herrera,  
Y con la parda bala hizo puerta  
Por donde desaguó vital substancia.  
El Ochari no menos se mostraba  
Terrible y orgulloso, bravo, fiero,  
Tanto que parecia que ninguno  
Faltaba de los otros principales;  
Al cual por ser persona señalada  
Los nuestros deseaban derriballo,  
Y un Diego de Avila puso la mira  
Algo mas alta de lo que quisiera,  
Mas todavía le rompió la cara,  
Y como se sintiese mal herido,  
Salióse del conflicto, que procede  
Con tal obstinacion como si nadie  
Faltara, con haber tres horas largas  
Que duraba la dura competencia.  
Y así los indios, por le dar remate,  
Viendo que las dos casas impedían  
El gozo del triunfo que esperaban,

Por ser escudo de los españoles,  
Determinaron de ponelles fuego,  
Sin tener atención á los cincuenta  
Que dentro se tenían amarrados,  
Donde se convirtieron en carbones,  
Pues como fuese fábrica de paja  
En espacio brevísimo la vieron  
De las voraces llamas consumida;  
Saliéndose los nuestros hechos rueda,  
Los unos á los otros reguardando,  
Pero con tales bríos y coraje  
Que como si los golpes comenzaran  
En aquel punto, se desenvolvieron  
Tras ellos, aunque ya los arcabuces  
Por estar muy calientes no hacían  
Tales efectos como deseaban,  
Faltándoles también las municiones;  
Pero con las espadas tanta priesa  
Les dieron, que salieron de lo raso  
Y se metieron por el arboleda.  
Adonde no faltaban indios muertos  
De los que mal heridos se salieron  
A los principios desta gran refriega;  
Porque en la zavaneta solamente  
Fueron cincuenta y dos los que quedaron  
O muertos ó cercanos á la muerte,  
Demás de los que consumieron llamas:  
En efecto, según después se supo,  
Fué de mas de trescientos la yactura  
Que padeció la bárbara compañía,  
Quedando de los nuestros diez y siete  
Cada uno con cinco y seis flechazos.  
Los cuales puesta buena centinela  
Con grande diligencia se curaron,  
Abrasando con fuego las heridas  
Y cortando las carnes lastimadas;  
Mas no se pasó mucho sin que diese  
Arma la centinela que pusieron,  
Porque Ochari que dije ser herido  
En la cara con un ardiente globo  
Que no bien encarnó por ir avieso,  
Viendo que caminaban á sus casas  
Y no se proseguía la contienda,  
Con voz apresurada les decía:  
« ¿ Dó va la compañía que no siente  
La pérdida presente de señores  
Muertos en los rigores desta guerra  
Por libertar su tierra de tiranos  
Y sacar de las manos de extranjeros  
A vuestros herederos y parientes?  
O flojos, negligentes, vulgo loco,  
¿ Cómo teneis en poco la venganza  
Del estrago y matanza de los nuestros,  
Animosos y diestros en sus hechos?  
Volved, volved, pertrechos á la mano,  
Y no quede cristiano que no muera;  
Pues quedan de manera todos ellos  
Que podremos vencellos fácilmente. »  
Bastaron las razones referidas  
Para volver, aunque de mala gana,  
Y no con aquel brio que primero,  
A causa de sentirse fatigados  
Y de tiros vacías las aljabas;  
Y así como hallasen (por el arma  
Que dió la centinela) preparados  
A nuestros españoles, no proceden  
Ni pasan adelante de la ceja  
Del monte que rodea la zavana;  
Desde donde, quietos y callados  
Los otros, cierto viejo les decía:  
« Valientes españoles, no creyera  
Que tan durable fuera la pendencia  
Ni vuestra resistencia, si mi daño  
No fuera desengaño conocido  
Del yerro que he tenido tiempo luengo,  
Mas ya para mí tengo ciertamente  
Que mas heroica gente no ha nacido,  
Pues habeis adquirido tanta gloria;  
Pero de la victoria no esteis ciertos:  
Estaldo de ser muertos y perdidos,  
Que todos vais heridos del molesto  
Veneno, y demás desto vuestra gente



Es negocio patente ser ya muerta  
 En otra tal reyerta sucedida  
 Después de la partida que hecistes.  
 Así que si tuvistes hoy ventura,  
 Será de poca dura la ganancia,  
 Porque el pueblo y estancia de cristianos  
 Los indios mas cercanos han quemado,  
 Vencido y acabado moradores:  
 Acá sois vencedores y temidos,  
 Y allá sereis vencidos y captivos  
 Los que llegardes vivos, en llegando;  
 Y pues de nuestro bando sois azote,  
 Mirad por el virote, y esto baste.»  
 A questo dicho, nunca mas los vieron,  
 Y á los nuestros, demás de sus trabajos,  
 En angustia terrible los pusieron  
 Y en grande confusión aquellas nuevas,  
 Por las cuales aquel significaba  
 Ser la ciudad de Cáceres quemada  
 Y los vecinos della consumidos;  
 Y en hecho de verdad acometieron  
 Los indios que decía, pero nunca  
 Tocaron en el pueblo, sino fuera  
 Tuvieron cierto leve repiquete,  
 Donde mataron indios yanaconas  
 Y un español ó dos en las estancias.  
 Al fin estos soldados afligidos  
 Aquella triste noche se quedaron  
 En el mismo lugar de la batalla,  
 Entre los cuerpos muertos alojados,  
 Al frío y al sereno, sin refugio  
 De ropa ni comida ni consuelo,  
 Do no faltaron íntimos gemidos,  
 Así de parte suya como de los  
 Indios en quien duraban los vitales  
 Espiritus cercanos á la muerte.  
 Pero pasada ya la media noche,  
 Dejaron el lugar, y caminaron  
 Por bosques solitarios sin camino,  
 Por hurtarse del otro, do pensaban  
 Estar algunos indios emboscados;  
 Y así por ser rodeos espaciosos,  
 Como por ir heridos gravemente,  
 Tardaron cinco dias en jornada  
 Que pudieron andar en medio dia  
 Si recta via fueran caminando:  
 Llegaron pues al puesto que tuvieron  
 Antes de se meter en la montaña,  
 Donde se proveyeron de comida  
 De aquella que dejaron rezagada;  
 Pero luego pasaron adelante,  
 A causa de no ser lugar seguro,  
 Y con deseo de subir á parte  
 Do se desengañasen con la vista  
 De la mala sospecha que llevaban.  
 Y en estos intermedios fallecieron  
 Lucas Sanchez y Mateo de Acosta,  
 Entrambos valentísimos soldados,  
 Cuyas heridas eran penetrantes  
 Y no curadas con aquel reposo,  
 Abrigo y vigilancia que requiere  
 Aquella venenosa pestilencia.  
 Finalmente, subieron á la loma  
 Que cae sobrel gran río de Cauca,  
 El cual para llegar al pueblo nuevo  
 Habian de pasar forzosamente,  
 Obstáculo de gran inconveniente,  
 Así por no tener aviamiento  
 Para pasar los miseros heridos,  
 Como porque los bárbaros no suelen  
 Perder las semejantes ocasiones.  
 Mas en aqueste tiempo ya tenían  
 Los vecinos de Cáceres noticia  
 Por indios del suceso trabajoso,  
 Pero con adición de que ningunos  
 Habian escapado con la vida;  
 Y así para tener razon entera  
 Salíó luego del pueblo Juan Melendez  
 Con treinta compañeros bien armados,  
 Los cuales á la misma coyuntura  
 Que vieron los heridos el gran río  
 Ven al Melendez con su compañía,

Que ya hollaban la contraria banda,  
 Y con el regocijo de la vista  
 Los unos á los otros hacen salva,  
 Dando gracias á Dios por el socorro  
 Llegado tan á punto, que juzgaban  
 Ser milagrosamente proveído.  
 En efecto, hicieron buenas balsas  
 Aquellos que llegaron descansados,  
 En que pasaron todos libremente,  
 Y llegados al pueblo, fué la cura  
 Con tal solicitud y diligencia,  
 Que después de los dos conmemorados  
 Ninguno pereció de los heridos,  
 Cuyas hazañas fueron tan nombradas  
 Entre todos los indios de la tierra,  
 Que muy poco después los trajo Rodas  
 A que reconociesen vasallaje.  
 El cual, segun he dicho, preparaba  
 Gentes y municiones con intento  
 De ver y descubrir lo nunca visto  
 En la distancia dentre los dos rios:  
 Que para concluir con mi promesa  
 En el elogio de Gaspar de Rodas  
 Hasta la era del de ochenta y nueve,  
 Es esto solamente lo que resta;  
 Mas porque se concluya mas á gusto  
 Será con canto nuevo celebrado.

## CANTO CUARTO.

Donde se cuenta cómo Gaspar de Rodas salió de la villa de Santafé de Antioquia con setenta hombres de pié y de caballo, y fué descubriendo por el río de Porce abajo, hasta que halló terreno donde pobló la ciudad de Zaragoza.

No se pueden decir enteramente  
 Las congojas, fatigas y trabajos.  
 Riesgos, penalidades, desventuras  
 Que los descubridores destas tierras  
 Y pacificadores padecieron  
 En las conquistas rigurosas dellas;  
 Y así por ser prolijo labirinto,  
 Tocamos solamente los provechos  
 Que de su gran valor han resultado  
 A los que comen hoy de sus sudores,  
 Y con manos lavadas y piés limpios  
 Hallan la cama hecha y mesa puesta,  
 Y las incomparables asperezas,  
 A los humanos piés inaccesibles,  
 Apacibles é ya bien frecuentadas  
 De varios contractantes que por ellas  
 Vienen y van de partes diferentes,  
 Cebados en la próspera ganancia  
 Con que sus mercancías los convidan.  
 Y no tan solamente por la tierra  
 Dieron vias por donde se contractan  
 Unos pueblos con otros, con jumentos  
 De especies varias; pero por los rios  
 Se comunican con aquellos puertos  
 Que gozan de marítimas riberas.  
 Y aunque parezca ser en lo presente  
 No de tanto momento como Flandes,  
 Venecia y otros pueblos prepotentes  
 Que tienen antiquísimos cimientos,  
 Aquellos también consta que tuvieron  
 Principios no tan altos que no fuesen  
 De lo que son agora diferentes:  
 Corrieron sus edades hasta tanto  
 Que por tiempo se fueron estendiendo  
 A la virilidad y á la potencia  
 En que las vemos hoy establecidos.  
 Lo mismo puede ser en estas partes  
 De Indias, segun vemos el aumento  
 Numeroso de gente que se cria,  
 Así mestiza como castellana,  
 Y la fertilidad de los terrenos  
 Dispuestos á perpetua permanencia  
 Y á la procreación de tantas cosas  
 Cuantas son en el mundo necesarias  
 A la conservación de los mortales,

Pues de las que carecen estos dias  
 Es mas por negligencia de cultores  
 Que falta de propicias influencias;  
 Mas la necesidad, hábil maestra,  
 Les ha de compeler á que corrijan  
 Sus ociosas costumbres con trabajo,  
 Y aun á dejar sus propios naturales,  
 Buscando nuevas tierras y regiones  
 Do puedan sustentarse y estenderse  
 Después que ya no quepan en las suyas,  
 Pues hay por descubrir varias provincias,  
 Inmensidad de campos y naciones,  
 Algunas de las cuales estuvieran  
 Debajo del dominio y obediencia  
 De la real corona de Castilla,  
 Si por los que gobiernan se tuviera  
 Mas esforzado celo del aumento  
 Del aprisco cristiano, mayormente  
 Habiendo tanta gente holgazana  
 Que podria fundar nuevos albergues,  
 Aun en lo descubiertos, pues hay tierras  
 Baldias, provechosas y dispuestas  
 Para se socorrer del fructo dellas,  
 Valles amenos, fértiles riberas,  
 Cuya disposición está pidiendo  
 Del corvo labrador ser desenvuelta  
 Y de todos ganados ser hollada,  
 Mas no miran en esto los que llevan  
 Por sueño y ocio generosa paga.  
 Destos no quiso ser Gaspar de Rodas,  
 Pues por aquella suerte que le cupo  
 Huyó de dar á sus cansados miembros  
 Aquel regalo que se les debía,  
 Por unas y otras partes descubriendo  
 Dónde fundar cristianas poblaciones  
 En aumento de la real corona,  
 No sin propagación de la fe sancta.  
 Con el cual pensamiento se dispuso  
 Año de ochenta con los quince cientos,  
 Con obra de setenta compañeros,  
 Caballos y pertrechos necesarios,  
 Caminando la via del oriente  
 Hasta ver las zavasas de aquel río  
 De Aburra, do tiene nacimiento  
 El mismo que después le llaman Porce,  
 El curso de sus aguas prosiguiendo,  
 Acia septentrion encaminadas,  
 Por tierras despobladas, muchos dias,  
 De bosques tenebrosos y montañas,  
 Donde se padecieron insufribles  
 Trabajos por la falta de alimentos,  
 Demás de atascaderos y pantanos  
 De gran dificultad en su viaje,  
 Que no menor sería referirlos,  
 Espresando particularidades  
 Acontecidas hasta que llegaron  
 A tierra cuyos montes daban muestra  
 De suelo mas enjuto y apacible,  
 Mas claras y amigables arboledas,  
 Y otros indicios que manifestaban  
 Haber mediana copia de cultores.  
 Pero segun las guias declaraban,  
 A la contraria parte de aquel río  
 Había poblacion de mas substancia,  
 Lo cual se conocia claramente  
 Por ver trilladas sendas y caminos,  
 Humos á todas partes y labranzas;  
 Y así para pasar el campo todo  
 Buscaron un lugar acomodado,  
 Do se hiciese puente de bejucos,  
 Remedio que se tiene comunmente  
 Con que pasan la ropa y el servicio:  
 Que los soldados por la mayor parte  
 Cortando van las aguas con el pecho,  
 A mano la rodela y el espada.  
 Al tiempo pues que para tal efecto  
 Andaba negociada nuestra gente,  
 Gran número se vió de la contraria  
 Opuesta para defender el paso  
 Con multitud de flechas y de dardos  
 Y los demás pertrechos usuales:  
 Ondeá bizzarria de penacho

Pectos y diademas de buen oro,  
 Con otras joyas que manifestaban  
 La soberbia riqueza de las minas  
 De que gozan aquellos naturales;  
 Y con estar el río de por medio,  
 No dejan de volar algunas nubes  
 De tiros venenosos que despiden  
 Los encorvados y flexibles arcos;  
 Y acá responden con los arcabuces,  
 Esféricas pelotas escupiendo,  
 Con poco daño de las partes ambas,  
 Por ser algo prolija la distancia.  
 Pero Francisco de Taborda, mozo  
 Mestizo, buen soldado y animoso  
 Y singular en buena punteria,  
 En el indio que mas se señalaba  
 En galas, majestad, valor y brio,  
 Mostrándose señor, puso la mira,  
 Y el invisible globo fué volando  
 Hasta dar en el pecho, cuyo golpe  
 También por las espaldas abrió puerta  
 Por do se despidió vital aliento:  
 Acudieron los bárbaros cercanos  
 Para lo levantar, mas fué baldia  
 Su gran solicitud y diligencia,  
 No sin admiraciones y alborotos  
 De ver aquella muerte repentina,  
 Porque del dañador tan solamente  
 El sanguinoso rastro parecia;  
 Al fin unos llevaron el cadáver  
 Y otros quedaron para la defensa  
 Del paso, que con suma vigilancia  
 Y no menos furor les defendian.  
 Pero Gaspar de Rodas, como diestro,  
 Vista la pertinace resistencia,  
 Dejando gente que hiciese rostro  
 En aquella frontera, do los indios  
 Pretendian quitalles el pasaje,  
 Con treinta y seis bajó tácitamente,  
 Ocultos todos con el arboleda  
 Que por el río va continuada,  
 Hasta llegar á parte sin estorbo,  
 Por donde les mandó pasar á nado  
 Con el cuidado que se requeria;  
 Y como rehusasen la carrera,  
 Del peligroso trance murmurando,  
 El mismo comenzó de descalzarse  
 Y á priesa despojarse del vestido;  
 Mas todos los soldados, como viesen  
 Su determinación, no le consienten  
 Poner en tanto riesgo su persona,  
 Y ellos, pospuestos los temores flacos,  
 Desnudos, con espadas y rodelas,  
 Impetuosas aguas van cortando,  
 Yendo delante con insigne brio  
 El mestizo Francisco de Taborda  
 Y Alonso de Taborda, dos hermanos:  
 Al fin tomaron todos la ribera  
 Contraria donde van encaminados,  
 Y después de cobrar algun aliento,  
 Prostradas en el suelo las rodillas,  
 Hicieron oracion como cristianos,  
 Y luego con el paso reportado,  
 Proceden adelante con recato,  
 Sirviéndoles el monte de cubierta,  
 Hasta que ya llegaron al paraje  
 Del bárbaro furor embebecido,  
 En los opuestos en contraria banda  
 Desembrazando los mortales tiros,  
 Y del cercano salto descuidados  
 A los lejanos mal amenazaban;  
 Mas luego como perros que latiendo  
 Saltan lijeramente tras la caza,  
 Salieron los heroicos españoles  
 Diciendo: «¡Santiago! Santiago!»  
 Ocupa turbación salvajes pechos;  
 Corre la confusión desordenando  
 La bárbara caterva, que no para  
 Por diferentes partes derramada,  
 Bien como las ovejas salteadas  
 De las rapaces fieras y voraces,  
 Que las que se libraron de sus uñas



Van donde su temor las encamina ;  
Y así dejaron desembarazado  
Aquel compás y toda la ribera ,  
De manera que sin impedimento  
Pasaron los demás y el campo todo ,  
Hicieron allí noche y otro día  
Colaron adelante descubriendo  
Aquellas poblaciones circunstantes.  
Do no faltaron acometimientos  
Y algunas resistencias porfiadas ,  
En las cuales cuotidianamente ,  
Llevaban lo peor los naturales .  
De tal manera que por bien tuvieron  
Acudillos de paz algunos dellos ;  
Y tanteada ya toda la tierra  
Y á poco mas ó menos los vecinos  
Que podría tener , buscaron sitio  
Para fundar morada permanente ,  
Y diez ó doce leguas adelante  
Del paso que los indios defendían  
Hallaron un asiento proveído  
De las comodidades necesarias ,  
Donde con las solemnes ceremonias  
Usadas en negocios semejantes ,  
En nombre del invicto rey Filipo  
Fundaron la ciudad , á quien se puso  
Nombre de Zaragoza , cuya tierra  
Abunda de riquísimos veneros ,  
Y es el día de hoy por su riqueza  
De varios negociantes frecuentada  
Ansi por tierra como por los rios  
Que van á desaguar al mar del Norte ,  
Por estar Zaragoza situada  
Acia las juntas de los rios Porce  
Y Nichi , cuyas aguas dan aumento  
Al gran río de Cauca que se mezcla  
Después con otro de la Magdalena ,  
Los unos y los otros navegables ,  
Aunque por las zozobras de corrientes  
Los vasos do navegan son canoas  
Que pegadas á tierra van bogando .  
Fue pues el fundamento deste pueblo  
Año de ochenta y uno , demediado  
El mes que los hebreos idar llaman ;  
Y hecha descripción y apuntamiento ,  
Fueron cuarenta solos los vecinos  
Encomendados de repartimientos ,  
Segun la cantidad de naturales  
Que por aquellos montes habitaban .  
E ya puestas las cosas en el orden  
Que parecía ser mas conveniente  
Á la defensa desta nueva planta ,  
Electos los alcaldes y oficiales ,  
Nombró Gaspar de Rodas por teniente  
A Fernán Sanchez , hombre de gobierno ,  
Y él se partió con los demás soldados  
Al sitio donde fué San Juan de Rodas ,  
En la parte que llaman Itúango ,  
Que despobló Valdivia , segun dije  
Atrás en el discurso de su vida ;  
Donde pacificó los naturales ,  
Erigiendo ciudad en el asiento  
Antiguo con el nombre que tenía ,  
A la cual dió vecinos veinte y ocho  
Que son encomendados , y hoy se valen  
Entre tan indomable barbarismo  
Mediante las industrias y consejos  
Deste gobernador , cuya prudencia  
Al bárbaro feroz ha puesto freno .  
Dejando pues allí por su teniente  
A Juan de Rodas , un pariente suyo ,  
A su casa volvió con intenciones  
De convocar soldados con que pueda  
Escudriñar secretos de la tierra ,  
Que por estar cerrada de montañas  
No sin dificultad pueden saberse ;  
Y presumen habellos importantes ,  
Porque claro se ve ser una pasta  
De ricos minerales donde quiera  
Que rios y quebradas se cateen ;  
Mas agora de nuevo no sabemos  
Otra cosa que sea de momento .

Y así deste gobierno me despidió ,  
Porque futuros acontecimientos  
Dirálos á su tiempo quien los vido ,  
Cumpliendo cada cual con sus intentos ;  
Pues agora mi principal ha sido  
Tractar de los primeros fundamentos  
Desde el principio hasta nuestra era ,  
De quien si mas supiera mas dijera .

### RELACION BREVE

*de las tierras de la gobernación del Chocó, y cosas en ella  
acontecidas desde el tiempo que entró en ella el capi-  
tán Gomez Fernandez, hasta que le fué dado el gobierno  
y conquista á Melchior Velazquez, vecino de la ciudad  
de Buga.*

### CANTO PRIMERO.

Otra gobernación agora resta ,  
Que es el Chocó , de quien algunas veces  
Hemos tractado como de pasada ,  
Cuyos confines sé que simbolizan  
Con los de Santafé que van corriendo  
Acia la mar del Norte por montañas ;  
Y este gobierno tiene de presente  
Un Melchior Velazquez , no tan lleno  
De prósperos sucesos de fortuna  
Cuanto de virtuosas propiedades  
Y partes que son dignas de alabanza ,  
Soldado viejo de los mas antiguos  
De Popayán , y bien ejercitado  
En todos los trabajos de conquistas .  
Cuyo discurso no será prolijo ,  
Por ser gobernación algo moderna ,  
Y haber faltado por la tierra della  
Buena comodidad para poblalla ,  
A causa de ser toda montuosa ,  
Húmeda , pluviosa , desgraciada ,  
De pocos naturales , aunque ricos ,  
Porque la tierra toda va sembrada  
De venas caudalosas de buen oro ,  
Vistas y cateadas por los nuestros  
En diferentes rios y quebradas .  
Y así corria la noticia della ,  
Con otra mas antigua del Dabaibe ,  
Que por aquel paraje se publica  
Estar , y aunque de muchos inquirida ,  
Ningunos le pudieron dar alcance ;  
Adonde segun fama las riquezas  
De los enterramientos sobrepujan  
A las que del Cenú se descubrieron ,  
Segun en su lugar quedó notado ,  
De cuya causa principales hombres  
Apetecían el descubrimiento ,  
Entre los cuales fué Gomez Fernandez ,  
Primero fundador de Caramanta ,  
Del cual hice mencion en otras partes  
Por ser hombre de gran merecimiento ,  
Valiente , liberal , industrioso  
Y en posible no mal afortunado .  
Este , con el deseo que tenía  
De rastrear aquella gran noticia  
Y ver el fin de aquel encantamiento ,  
Demandó la conquista desta tierra  
A los señores del real senado  
Que en este nuevo reino de Granada  
En aquella sazón eran jüeces :  
Los cuales se la dieron fácilmente ,  
Atentos al valor de su persona  
Y á la mucha substancia que tenía  
Para hacer soldados y pertrechos  
A su descubrimiento necesarios ;  
Pero diósele con aditamento  
De que primero y ante todas cosas  
Allanase los indios rebelados ,  
Importunos entonces y molestos  
A Santafé , la villa de Antioquia ,  
Desde aquel tiempo que Toné cacique  
Los hizo levantar , segun se dijo  
En el lugar y parte que convino ,  
Y con que diese nuevos fundamentos

A la vieja Antioquia despoblada .  
Aceptó la merced y hizo gente  
De caballo y de pié , y en el avio  
Gastó crecida suma de dineros :  
Finalmente salió de Caramanta  
Con ochenta soldados escógidos  
De los cuales es uno Bernardino  
Mojica de Guevara , varon noble ,  
En este pueblo donde yo resido  
Vecino principal y contioso ;  
Y en cumplimiento del real mandado  
Fué por el año de cincuenta y siete  
Con aquestos soldados en demanda  
Del cacique Toné , bárbaro duro ,  
Gallardo mozo , suelto , bien dispuesto ,  
De fuerzas monstruosas y atrevido ,  
En quien nunca jamás hubo descuido  
Para se defender de sus contrarios  
En ciertas barbacoas , cuyos troncos  
Gruesos , bien alijados en la tierra ,  
Subian en altura cuatro brazas ,  
Espesas las hileras , y por orden  
Que , travesadas vigas por lo alto  
Y dada perfición al soberado ,  
Pudieron fabricar seguramente  
Casas pajizas para sus albergues ;  
Y lo mas alto de la barbacoa  
Cenido con maderos ajustados  
Que volaban segun el colgadizo  
Que llaman los latinos meniano ,  
Tan alto que servia de muralla  
Y amparo contra tiros estrangeros ,  
Por él hechas troneras provechosas ,  
Para poder valerse de los suyos ;  
De que tenían cantidad inmensa  
Lanzas muy largas , piedras ponderosas ,  
Flechas y dardos , gruesos estacones  
Que piramidalmente van labrados  
Hasta se rematar en sutil punta  
Tostada , tan aguda que desmalla  
Las mas fortificadas armaduras ;  
Empinadas á trechos grandes vigas  
Sueitas y sin ninguna ligadura ,  
Pero de tal manera que juzgaran  
Ser á la fabrica correspondientes ,  
Y para substar su pesadumbre ,  
Siendo cualquiera mano poderosa  
Para precipitalas fácilmente  
Sobre los que llegasen descuidados .  
Tenian abundancia de alimentos  
Arriba recogidos , y en canoas  
O maderos cavados agua mucha ,  
Demás de las vasijas de sus vinos ;  
Y para no perder la que del cielo  
El pluvioso nimbo destilaba ,  
Tenian en las alas de las casas  
Hechas de gruesas guadubas canales ,  
Cuyas corrientes iban dirigidas  
A los vasos que estaban contrapuestos .  
Ansimismo sembraron los caminos  
De hoyos do cayesen los caballos ,  
Y en ellos estacones afijados ,  
Puyas por consiguiente peligrosas  
Por unas y otras partes derramadas :  
Todo con tal industria disfrazado ,  
Que la del español fué necesaria  
Para poder librarse del engaño ,  
Porque Gomez Fernandez como diestro  
A todo dió reguardo descubriendo  
Cualquiera trompezon disimulado .  
Y así sin sucedelles desavío ,  
Llegaron al primero soberado  
Donde Toné tenía su morada ,  
Sus hijos y mujeres y familia ,  
Y entrellos cien gandules de pelea  
Para defensa desta fortaleza ;  
Porque los escuadrones que hallaron  
Opuestos al camino que llevaban ,  
Que pelearon pertinacamente ,  
Habian sido ya desbaratados .  
Salidos pues del monte mas cercano ,  
Vieron la fabricada fortaleza

Encima de una loma que tenía  
De longitud hasta doscientos pasos ,  
Pero de latitud la mitad menos :  
La cual por todas partes ocupaba  
El fuerte y edificio de madera ,  
Y por cualquiera parte la subida  
Para llegar á él era ladera  
Aspera de subir y trabajosa .  
Puestos á punto pues los españoles ,  
Por una y otra parte rodearon  
La dicha fortaleza , defendiendo  
Que no pudiesen indios acudirlos  
De los que estaban fuera con socorro ,  
Y requiriéndolos por muchas veces  
A los que estaban dentro que se diesen ,  
Porque si se mostraban pertinaces  
Los pasarían todos á cuchillo ,  
Y saliendo de paz no les darían  
Sinsabores , agravios ni molestias :  
Los indios respondían con las armas  
Y con mayores fieros y amenazas ,  
Toné principalmente , que decia :  
« Llegaos un poco mas acá , cristianos ,  
Por el tributo que se os adereza :  
Dejaremos las armas de las manos  
Para ponéros las en la cabeza ;  
Y aun de vosotros á los mas lozanos  
Tengo de desmembrar pieza por pieza ,  
Porque si padeceis muerte prolija  
La paz que me pedis quedará fija . »  
Oídas por los nuestros las razones  
Con otras desvergüenzas insufribles ,  
Comenzóse de veras el combate  
Por una y otra parte , disparando  
El arcabuceria violenta  
Al pretil y troneras dirigida ,  
Por no dalles lugar á los contrarios  
Para que de sus armas se aprovechen ;  
Y entre tanto los otros españoles  
Se llegaban con mantas de madera  
Cubiertos al enhiesto baluarte ,  
Que no podía ser sin mucho riesgo  
A causa de las nubes que caían  
De dardos , flechas , lanzas y de piedras  
Y algunos estacones de los cuales  
Uno cayó sobre Diego de Ardila ,  
Que ponía rodela por delante  
A un soldado de los mosqueteros ,  
De tal manera , que rompió la punta ,  
La rodela , cojin y fuertes armas ,  
Y el brazo del Ardila juntamente  
Por una y otra parte traspasado ;  
También á Bernardino de Mojica ,  
Rodelero de aquel Garcia de Arce  
A quien después mató Lope de Aguirre  
En el rebelion ya referido  
En la primera parte de mis cantos ,  
Una piedra le dió por el costado  
Encima de las armas , que lo hizo  
Rodar por la ladera trompicando ,  
Mas luego revolvió con mas coraje  
Al puesto do quedó su compañero ,  
Y estando los dos juntos vió Garcia  
Una gran viga que se despegaba  
Del baluarte , y en aquel instante  
Al Mojica diciendo : « ¡ guarda , guarda ! »  
Le dió tal empellón que lo retrajo  
Hartos pasos atrás , y él ansimismo  
Se desvió con un veloce salto ,  
Y fué tan necesaria la presteza  
Que si tardaran un solo momento  
Allí quedarán hechos mil pedazos .  
En esto consumieron aquel día  
Sin se hacer efecto provechoso ,  
Y el tiempo que duraron las tinieblas  
Nocturnas , fué comun la vigilancia  
Rondándose la cerca con silencio ,  
Porque se recelaban de huida ,  
A causa de tener el monte cerca ;  
Y porque les faltasen las señales  
Y objetos á los tiros de las flechas  
Que con obscuridad iban volando